

eso muchos españoles de los pobladores dejaban la tierra, y se iban á buscar las vidas á Xalixco, Honduras, Cuahutemallan y otras partes que habia guerras y entradas.

Vuelta de Cortés á Méjico.

En esto llegó Cortés á la Veracruz. De que se dijo su llegada, y que iba hecho marqués y llevaba su mujer, comenzaron á irle á ver muchedumbre de indios y casi todos los españoles de Méjico, con achaque de salir á recibirle. En pocos dias se le juntaron mas de mil españoles, y se le quejaban que no tenian qué comer, y decian que los licenciados Matienzo y Delgadillo los habian destruido á ellos y á él, y que viese si queria que los matasen con los demás. Cortés, conociendo cuán feo caso era, reprehendiólos recio. Dióles esperanza de sacarlos presto de laceria con las armadas que habia de hacer, y porque no hiciesen algun motin ó saco, entretenialos con regocijos. El Presidente y oidores mandaron á todos los españoles que luego volviesen á Méjico, y cada vecino á su pueblo, so pena de muerte, por quitillos de Cortés; y estuvieron por enviar á prenderle y enviarle á España por alborotador de la tierra. Mas visto por él cuán de ligero se movian los letrados, se hizo pregonar públicamente en la Veracruz por capitán general de la Nueva-España, leyendo las provisiones, que hicieron torcer las narices á los de Méjico. Tras esto partióse derecho allá con un gran escuadron de españoles é indios, en que habia gran copia de caballos. Cuando llegó á Tezcuco mandaronle que no entrase en Méjico, so pena de perdimiento de bienes, y la persona á merced del Rey. Obedesció y cumplió con toda la prudencia que convenia al servicio del Emperador y bien de aquella tierra, que con muchos trabajos él ganara. Estaba allí en Tezcuco muy acompañado, y con tanta corte y mas que habia en Méjico. Escribia al Presidente y oidores que mirasen mejor su buena intencion, y no diesen asilla á los indios de rebelarse; que de los españoles seguros podian estar. Los indios, viendo estas cosas, mataban cuantos españoles cogian en descampado; y no en muchos dias faltaban mas de docientos, todos muertos á manos suyas, así en pueblos como en caminos, é ya estaban hablados, y concertaban de alzarse; pero vinieron algunos á decirlo al Obispo, el cual tuvo miedo; y luego, con acuerdo y parecer de los oidores y de los demás vecinos que en la ciudad estaban, viendo que no tenian mejor remedio ni mas cierta defensa que la persona, nombre, valor y autoridad de Cortés, le envió á llamar y rogar que entrase en Méjico. El fué luego, muy acompañado de gente de guerra, y de veras paréscia capitán general. Salieron todos á recibirle, que entraba tambien la marquesa, y fué aquel un dia de mucha alegría. Trataron la Audiencia y él cómo remediarían tanto mal. Tomó Cortés la mano, prendió á muchos indios, quemó algunos, aperreó otros, y castigó tantos, que en muy breve tiempo allanó toda la tierra y aseguró los caminos; cosa que merecía galardón romano.

De cómo envió Cortés á descubrir la costa de la Nueva-España por la mar del Sur.

Como Cortés estuvo algo de reposo, le requirieron Presidente y oidores que dentro de un año enviase armada á descubrir por la mar del Sur, conforme á la instruccion y conveniencia que traia del Emperador, hecha en Madrid á 27 de octubre y de 29, y firmada de la emperatriz doña Isabel; donde no, que su majestad contrataria con otra persona. Tanto hicieron esto por alejarlo de Méjico, como porque cumpliese lo que habia capitulado con el Emperador; que bien sabia cómo tenia siempre muchos carpinteros y navios en el astillero; pero querian que él mismo fuese allá. Cortés respondió que así lo haria. Dió pues muy gran prisa á dos naos que se estaban labrando en Acapulco. Entre tanto anduvo un sarampion, que llamaron zavatltepiton, que quiere decir lepra chica, á respecto de las viruelas que les pegó el negro de Pánfilo de Narvaez, segun ya se dijo; y murieron con él muy muchos indios. Fué tambien enfermedad nueva y nunca vista en aquella tierra. Como las naos se acabaron, las armó Cortés muy bien de gente y artillería; hinchólas de vituallas, armas y rescates. Envió por capitán dellas á Diego Hurtado de Mendoza, primo suyo. Llamábanse las naos, una de Sant Miguel y otra de Sant Marcos. Fueron, por tesoro Juan de Mazuela, por veedor Alonso de Molina, maestre de campo Miguel Marroquino, alguacil mayor Juan Ortiz de Cabex, y por piloto Melchior Fernandez. Salió Diego Hurtado del puerto de Acapulco dia de Corpus Christi, año de 1532. Siguió la costa hacia el poniente; que así era el concierto. Llegó al puerto de Xalixco, y quiso tomar agua, no por necesidad, sino por llenchir las vasijas que hasta allí habian venido. Nuño de Guzman, que gobernaba aquella tierra, envió gente que les defendiese la entrada, ó por ser de Cortés, ó porque nadie entrase en su jurisdiccion sin su licencia. Diego Hurtado dejó el agua, y pasó adelante bien docientas leguas costeando lo mas y mejor que pudo. Amotináronsele muchos de su compañía; metiólos en el un navio, y enviólos á la Nueva-España por ir descansado y seguro. Con el otro navio prosiguió su derrota; pero no hizo cosa que de contar sea, que yo sepa, aunque navegó y estuvo mucho sin que dél se supiese. La nave de los amotinados tuvo á la vuelta tiempo contrario y falta de agua; y así, le fué forzado, aunque no quisieran los que dentro venian, surgir en una bahía que llaman de Banderas, donde los naturales estaban en armas por algunos tratamientos no buenos que los de Nuño de Guzman les habian hecho. Tomaron los nuestros tierra, y sobre tomar agua riñeron. Los contrarios eran muchos, y mataron todos los españoles de la nao; que no escaparon sino solos dos. Cortés desde lo supo fué á Teoantepec, villa suya, que está de Méjico ciento y veinte leguas. Aderezó dos navios que sus oficiales acababan de hacer, basteciéndolos muy comodamente, y envió por capitán de uno á Diego Becerra de Mendoza, natural de Mérida, y por piloto á Fortun Jimenez, vizcaíno; y del otro á Hernando de Grijalva, y piloto á un portugués que se decia Acosta: creo que partieron año y medio después que Diego Hurtado. Iban á tres efectos: á vengar los muertos, á bus-

car y socorrer los vivos, y á saber el secreto y cabo de aquella costa. Estas dos naos se desrotaron una de otra la primera noche que se hicieron á la vela, y nunca mas se vieron. Fortun Jimenez se concertó con muchos vizcaínos, así marineros como hombres de tierra, y mató á Diego Becerra estando durmiendo. Debí ser que riñeron, y hirió malamente á otros algunos. Arribó con la nao á Motin, y echó en tierra á los heridos y á dos frailes franciscos. Tomó agua, y fué de allí á dar en la bahía de Santa Cruz. Saltó á tierra, y matáronle los indios con otros veinte españoles. Con estas nuevas fueron dos marineros á Chiametlan de Xalixco en el batel, y dijeron á Nuño de Guzman cómo habian hallado mucha muestra de perlas. El fué allá, aderezó aquella nao, y envió gente en ella á buscar las perlas. Hernando de Grijalva anduvo trecientas leguas por el norueste sin ver tierra; y por eso echó luego á la mar á ver si hallaria islas, y topó con una, que llamó Sancto Tomás porque tal dia la descubrió. Estaba, segun él dijo, despoblada y sin agua por la parte que entró. Está en veinte grados. Tiene muy hermosas arboledas y frescuras, muchas palomas, perdices, halcones y otras aves. En esto pararon aquellas cuatro naos que Cortés envió á descubrir.

Lo que padesció Cortés continuando el descubrimiento del Sur.

Cortés, entre tanto que todo esto pasaba, tuvo hechos otros tres navios muy buenos, ca siempre labraba con diligencia y mucha gente naos en Teoantepec, para cumplir lo capitulado con el Emperador, y pensando descubrir riquísimas islas y tierra. Y como tuvo nueva de todo ello, quejóse al Presidente y oidores, de Nuño Guzman, y pidióles justicia para que le fuese vuelta su nave. Ellos le dieron provision, y luego sobrecarta; mas poco aprovecharon. El entonces, que estaba amostazado con Nuño de Guzman sobre la residencia que le hizo, y hacienda que le deshizo, despachó los tres navios para Chiametlan, que se llamaba Santa Agueda, Sant Lázaro y Santo Tomás, y él fuese por tierra desde Méjico muy bien acompañado. Cuando llegó allá halló la nao al través, y robado cuanto en ella iba, que con el casco del navio, valia todo quince mil ducados. Llegaron tambien los tres navios, embarcóse en ellos con la gente y caballos que cupieron; dejó con los que quedaban á Andrés de Tapia por capitán, ca tenia trecientos españoles y treinta y siete mujeres y ciento y treinta caballos. Pasó adonde mataron á Fortun Jimenez. Tomó tierra primero dia de Mayo del año de 1536, y por ser tal dia nombró aquella punta, que es alta, sierras de Sant Felipe, y á una isla que está tres leguas de allí llamó de Santiago. A tres dias entró en un muy buen puerto, grande, seguro de todos ai-res, y llamóle bahía de Santa Cruz. Allí mataron á Fortun Jimenez con los otros veinte españoles. En desembarcando envió por Andrés de Tapia. Dióles después de embarcados un viento que los llevó hasta dos rios, que agora llaman Sant Pedro y Sant Pablo. Salidos de allí, se tornaron á desrotar todos tres navios. El menor vino á Santa Cruz, otro fué al Guayabal, y el que llamaban Sant Lázaro dió al través, ó por mejor decir, encalló cerca de Xalixco; la gente del cual se volvió á Méjico.

Cortés esperó muchos dias sus naos, y como no venian, llegó á mucha necesidad, porque en ellos tenia los bastimentos; y en aquella tierra no cogen maíz, sino viven de frutas y yerbas, de caza y pesca, y aun diz que pescan con flechas y con varas de punta, andando por el agua en unas balsas de cinco maderas, hechas á manera de la mano; y así, determinó ir con aquel navio á buscar los otros, y á traer qué comer si no los hallaba. Embarcóse pues con hasta setenta hombres, muchos de los cuales eran herreros y carpinteros. Llevó fragua y aparejos para labrar un bergantin, si fuese necesario. Atravesó la mar, que es como el Adriático; corrió la costa por cincuenta leguas, y una mañana hallóse metido entre unos arracifes ó bajos, que ni sabia por dónde salir ni por dónde entrar. Andando con la sonda buscando salida, arrimóse á la tierra y vió una nao surta dos leguas dentro un ancon. Quiso ir allá, y no hallaba entrada; que por todas partes quebraba la mar sobre los bajos. Los de la nao vieron tambien al navio, y enviáronle su batel con Anton Cordero, piloto, sospechando que era él. Arribó al navio, saludó á Cortés, entróse dentro para guiarle. Dijo que habia harta hondura por encima de una reventazon, que por ella pasó su nao. En diciendo esto, encalló á dos leguas de tierra, donde quedó el navio muerto y trastornado. Allí viérades llorar al mas esforzado, y maldecir al piloto Cordero. Encomendábanse á Dios, y desnudábanse, pensando guarescer á nadó ó en tablas; é ya estaban para hacerlo cuando dos golpes de mar echaron la nao en la canal que decia el piloto, mas abierta por medio. Llegaron, en fin, al otro navio surto, vaciando el agua con la bomba y calderas. Salieron, y sacaron todo lo que dentro iba, y con los cabestrantes de ambas naos la tiraron fuera. Asentaron luego la fragua, hicieron carbon. Trabajaban de noche con hachas y velas de cera, que hay por allí mucha; y así, fué presto remediada. Compró en Sant Miguel, decisiete leguas del Guayabal, que cae en lo de Culucan, mucho refresco y grano. Costóle cada novillo treinta castellanos de buena oro, cada puerco diez, cada oveja y cada fanega de maíz cuatro. Salió de allí Cortés, y topó la nao Sant Lázaro en la barra con la patilla, y desgovernóse el gobernalle. Fué menester hacer otra vez carbon, y fraguar de nuevo los fierros. Partiése Cortés en aquella nave mayor, y dejó á Hernando de Grijalva por capitán de la otra, que no pudo salir tan presto. A dos dias que navegaba con buen tiempo se quebró la atadura de la antena de la mesena, que estaba con la vela cogida, y dado el chafardete. Cayó la antena, y mató al piloto Anton Cordero, que dormia al pié del árbol. Cortés hubo de guiar la navegacion; que no habia quien mejor la hiciese. Llegó cerca de las islas de Santiago, que poco antes nombré, y allí le dió un norueste muy recio, que no le dejó tomar la bahía de Santa Cruz. Corrió aquella costa al sueste, llevando casi siempre el costado de la nao en tierra y sondando. Halló un placel de arena, donde dió fondo. Salió por agua, y como no la halló, hizo pozos por aquel arenal, en que cogió ocho pipas de agua. Cesó entre tanto el norueste, y navegó con buen tiempo hasta la isla de Perlas, que así creo la llamó Fortun Jimenez, que está junto á la de Santia-

go. Calmóle el viento, pero luego tornó á refrescar; y así, entró en el puerto de Santa Cruz, aunque con peligro, por ser estrecha la canal y menguar mucho la mar. Los españoles que allí había dejado estaban trahidos de hambre, y aun se habían muerto mas de cinco, y no podían buscar marisco, de flacos, ni pescar, que era lo que los sostenia. Comian yerbas de las que hacen vidrio, sin sal, y frutas silvestres, y no cuantas querian. Cortés les dió la comida por mucha regla, porque mal no les hiciese, que tenían los estómagos muy debilitados; mas ellos, con la hambre, comieron tanto, que se murieron otros muchos. Visto pues que se tardaba Hernando de Grijalva, y que era llegado á Méjico don Antonio de Mendoza por virey, segun los de Sant Miguel le dijieran, acordó dejar allí en Santa Cruz á Francisco de Ulloa por capitán de aquella gente, é irse él á Tecoantepec con aquella nave, para enviarle navíos y mas hombres con que fuese á descubrir la costa, y para buscar de camino á Hernando de Grijalva. Estando en esto llegó una carabela suya de la Nueva-España, que le venia á buscar, y que le dijo cómo venian atrás otras dos naos grandes con mucha gente, armas, artillería y bastimentos. Esperóles dos dias, y no viniendo, fué con el un navío, y topólas surtas cerca de la costa de Xalisco, y llevólas al mismo puerto, donde halló la nao en que iba Hernando de Grijalva atollada en la arena, y los bastimentos dentro y podridos. Hizola alimpiar y lavar. Los que sacaron la carne y anduvieron en aquello se hincharon las caras del hedor y bafo, y los ojos, que no podían ver. Levantó el navío, púsole en hondura, y estaba sano y sin agujero ninguno; cortó antenas y mástiles, que cerca había buenos árboles, y aderezólo muy bien; y luego se fué con todos cuatro navíos á Santiago de Buena-Esperanza, que es en lo de Coliman; donde, antes que del puerto saliese, vinieron otras dos naves suyas, que como tardaba tanto, y la Marquesa tenia grandísima pena, iban á saber dél. Con aquellos seis navíos entró en Acapulco, tierra de la Nueva-España. Muchas cosas cuentan desta navegacion de Cortés, que á unos parecerian milagro y á otros sueño. Yo no he dicho sino la verdad y lo credero. Estando Cortés en Acapulco, á Méjico de partida, le vino un mensajero de don Antonio de Mendoza, con aviso de su ida por virey en aquellas tierras, y con el traslado de una carta de Francisco Pizarro, que había escrito á Pedro de Albarado, adelantado y gobernador de Cuahutemallan, que así había hecho á otros gobernadores, en que le hacia saber cómo estaba cercado en la ciudad de los Reyes con muy gran gente, y puesto en tanta estrechura, que si no era por mar, no podia salir, y que le combatian cada dia, y que si no le socorrian presto, se perderia. Cortés dejó de enviar recaudo entonces á Francisco de Ulloa, y envió dos naos á Francisco Pizarro con Hernando de Grijalva, y en ellas muchas vituallas y armas, vestidos de seda para su persona, una ropa de martas, dos siales, almohadas de terciopelo, jaeces de caballos y algunos aderezos de entre casa, que él tenia para sí aquella jornada, é ya que estaba en su tierra, no los había mucho menester. Hernando de Grijalva fué, y llegó á buen tiempo, y tornó á enviar la nave á Acapulco, y

Cortés hizo en Cuauauac sesenta hombres, y enviólos al Perú, juntamente con once piezas de artillería, deciseiete caballos, sesenta cotas de malla, muchas ballenas y arcabuces, mucho herraje y otras cosas, que nunca dellas hubo recompensa, como mataron no mucho después al Francisco Pizarro, aunque Pizarro tambien envió muchas y ricas cosas á la marquesa doña Juana de Zúñiga; pero huyó con ellas el Grijalva.

De la mar de Cortés, que tambien llaman Bermejo.

Por el mes de mayo del mesmo año de 1539 envió Cortés otros tres navíos muy bien armados y bastecidos, con Francisco de Ulloa, que ya era vuelto con todos los demás, para seguir la costa de Culucan, que vuelve al norte. Llamáronse aquellos navíos Santa Agueda, la Trinidad y Santo Tomás. Partieron de Acapulco; tocaron en Santiago de Buena-Esperanza por tomar ciertas vituallas; del Guayabal atravesaron á la California en busca del un navío, y de allí tornaron á pasar aquel mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguieron la costa mas de docientas leguas hasta do fenescé, que llamaron ancon de Sant Andrés, por llegar allí su dia. Tomó Francisco de Ulloa posesion de aquella tierra por el rey de Castilla, en nombre de Fernando Cortés. Está aquel ancon en treinta y dos grados de altura, y aun algo mas; es allí la mar bermeja, cresce y mengua muy por concierto. Hay por aquella costa muchos vulcanejos, y están los cerros helados; es tierra pobre. Hallóse rastro de carneros, digo cuernos grandes, pesados y muy retuertos. Andan muchas ballenas por este mar; pescan en él con anzuelos de espinas de árboles y de huesos de tortugas, que las hay muchas y muy grandes. Andan los hombres desnudos y tresquilados, como los otomíes de la Nueva-España; traen á los pechos unas conchas relucientes como de nácar. Los vasos de tener agua son buches de lobos marinos, aunque tambien las tienen de barro muy bueno. Del ancon de Sant Andrés, siguiendo la otra costa, llegaron á la California, doblaron la punta, metiéronse por entre la tierra y unas islas, y anduvieron hasta emparejar con el ancon de Sant Andrés. Nombraron aquella punta el cabo del Engaño, y dieron vuelta para la Nueva-España, por hallar vientos muy contrarios y acabárseles los bastimentos. Estuvieron en este viaje un año entero, y no trujeron nueva de ninguna tierra buena: mas fué el ruido que las nueces. Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva-España; pero no hizo mas de lo que dicho tengo, tanta nao como armó, aunque fué allí él mesmo. Créese que hay grandes islas y muy ricas entre la Nueva-España y la Especiería. Gastó docientos mil ducados, á la cuenta que daba, en estos descubrimientos; ca envió muchas mas naos y gente de lo que al principio pensó, y fueron causa, como después dirémos, que hubiese de tornar á España, tomar enemistad con el virey don Antonio, y tener pleito con el Rey sobre sus vasallos; pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas.

De las letras de Méjico.

No se han hallado letras hasta hoy en las Indias, que no es pequeña consideracion; solamente hay en la Nue-

va-España unas ciertas figuras que sirven por letras, con las cuales notan y entienden toda cualquier cosa, y conservan la memoria y antigüedades. Semejan mucho á los jeroglifos de Egipto, mas no encubren tanto el sentido, á lo que oigo; aunque ni debe ni puede ser menos. Estas figuras que usan los mejicanos por letras son grandes; y así, ocupan mucho; entállanlas en piedra y madera; pintanlas en paredes, en papel que hacen de algodon y hojas de metl. Los libros son grandes, cogidos como pieza de paño, y escritos por ambas haces; haylos tambien arrollados como pieza de jerga. No pronuncian *b, g, r, s;* y así, usan mucho de *p, c, l, x;* esto es la lengua mejicana y nahuatl, que es la mejor, mas copiosa y mas extendida que hay en la Nueva-España, y que usa por figuras. Tambien se hablan y entienden algunos de Méjico por silbos, especialmente ladrones y enamorados: cosa que no alcanzan los nuestros, y que es muy notable.

Los nombres de contar.

Ce.	Uno.
Ome.	Dos.
Ei.	Tres.
Nauí.	Cuatro.
Macuil.	Cinco.
Chicoace.	Seis.
Chicome.	Siete.
Chicuei.	Ocho.
Chiconauí.	Nueve.
Matlac.	Diez.
Matlactioce.	Once.
Matlactiome.	Doce.
Matlactlomei.	Trece.
Matlactlinauí.	Catorce.
Matlactlimacuíl.	Quince.
Matlactlichicoace.	Dieciseis.
Matlactlichicome.	Dieciseiete.
Matlactlichicuei.	Dieciocho.
Matlacthchiconauí.	Diecinueve.
Cempoalli.	Veinte.

Hasta seis cada número es simple y solo; después dicen seis uno, seis dos, seis tres.

Diez es número por sí; y luego dicen diez y uno, diez y dos, diez y tres, diez y cuatro, diez y cinco.

Dicen diez quinquino, y diez seis uno, diez seis dos, diez seis tres.

Veinte va por sí, y todos los números mayores.

Del año mejicano.

El año de aquestos mejicanos es de trecientos y sesenta dias, porque tienen dieciocho meses de á veinte dias cada uno; los cuales hacen trecientos y sesenta. Tiene mas otros cinco dias que andan sueltos y por sí, á manera de intercalares, en que se celebran grandes fiestas de crueles sacrificios, pero con mucha devocion. No podian dejar de andar errados con esta cuenta, que no llegaba á igualar con el curso puntual del sol, que aun el año de los cristianos, que tan astrólogos son, anda errado en muchos dias; empero hartó atinaban á lo cierto, y conformaban con las otras naciones.

Los nombres de los meses.

Tlacaxipeualiztli.	
Tozoztli.	
Huei tozoztli.	
Toxcatl.	Tepupoehuiltli.
Ecalcoaliztli.	
Tecuil huicintli.	
Huei tecuilluitl.	
Miccaihucintli.	
Vei miccaihuitl.	
Uchpaniztli.	Tenauatiliztli.
Pachtli.	Heçoztli.
Huei pachtli.	Pachtli.
Quecholli.	
Panquecaliztli.	
Hatemuztli.	
Tititl.	
Izcalli.	
Coauitleuac.	Cinaihuitl.

En algunos pueblos truecan los meses, y en otros los diferencian, segun quedan señalados por sí; mas la orden que llevan es la comun.

Nombres de los dias.

Cipactli.	Espadarte.
Hecatli.	Aire y viento.
Calli.	Casa.
Cuezpali.	Lagarto.
Coualt.	Culebra.
Mizquintli.	Muerte.
Maçatl.	Ciervo.
Tochtli.	Conejo.
Atl.	Agua.
Izcuyntli.	Perro.
Oçumatli.	Mona.
Malinalli.	Escoba.
Acathl.	Caña.
Ocelotl.	Tigre.
Coautli.	Aguila.
Cozcaquahutli.	Buharro.
Olin.	Temple.
Tecpatl.	Cuchillo.
Quiauitl.	Lluvia.
Xuchitl.	Rosa.

Aunque estos veinte nombres sirven para todo el año, y no son mas que dias tiene cada mes, no empero cada mes comienza por cipactli, que es el primer nombre, sino como les viene. La causa dello es los cinco dias intercalares, que andan por sí, y tambien porque tienen semana de trece dias, que remuda los nombres; la cual, pongo caso que comience de ce cipactli, no puede correr mas de hasta matlamei acatl, que es trece; y luego comienza otra semana, y no dice matlactlinauí ocelotl, que es catorceno dia, sino ce ocelotl, que es uno, y tras él cuentan los otros seis nombres que quedan hasta los veinte; y como son acabados todos los veinte dias, comienzan de nuevo á contar del primer nombre de aquellos veinte; mas no como de uno, sino como de ocho; y porque mejor se pueda entender, es desta manera:

Ce cipactli.  
Ome hecatli.  
Ei calli.  
Nauí cuezpali.  
Macuil couatl.  
Chicoacén mizquintli.  
Chicome maçatl.  
Chicoey tochtli.  
Chiconauí atl.  
Matlacizcuintli.  
Matlactioce oçumatli.  
Matlactiome malinalli.  
Matlactlomei acath.

La semana siguiente tras esta comienza sus días de uno; mas aquel uno es catorceno, nombre del mes y de los días, y dicen :

Ce ocelotli.  
Ome coautli.  
Ei cozcaquahutli.  
Nauí olin.  
Macuil tepcatli.  
Chicoacén quiatilli.  
Chicome xuchitli.  
Chicoci cipactli.

En esta segunda semana vino cipactli á ser octavo día, habiendo sido en la primera primero;

Ce maçatl.  
Ome tochtli.  
Ei atl.  
Nauí izcuintli.  
Macuil oçumatli.

Así comienza la tercera semana, en la cual no entra este nombre cipactli; mas maçatl, que fué séptimo día en la primera semana, y no tuvo lugar en la segunda, es el día primero desta tercera semana. No es mas escura cuenta esta que la nuestra que tenemos, por solas estas siete letras *a, b, c, d, e, f, g*; porque también ellos se mudan y andan de tal manera que la *a*, que fué primer día de un mes, viene á ser el quinto día del otro mes adelante, y al tercer mes es tercero día; y así hacen todas las otras seis letras.

Cuenta de los años.

Otra manera muy diversa de la dicha tienen para contar los años, la cual no pasa de cuatro; pero con uno, dos, tres y cuatro cuentan ciento, y quinientos, y mil, y en fin, todo cuanto es menester y quieren. Las figuras y nombres son tochtli, acath, tepcatli, calli, que son conejo, caña, cuéhilllo, casa; y dicen :

Ce tochtli.	Es un año.
Ome acath.	Dos años.
Ei tepcatli.	Tres años.
Nauí calli.	Cuatro años.
Macuil tochtli.	Cinco años.
Chicoacén acath.	Seis años.
Chicome tepcatli.	Siete años.
Chicoci calli.	Ocho años.
Chiconauí tochtli.	Nueve años.

Matlactli acath.	Diez años.
Matlactioce tepcatli.	Once años.
Matlactiome calli.	Doce años.
Matlactlomei tochtli.	Trece años.

Tampoco sube la cuenta mas de á trece, que es semana de año, y acaba donde comenzó.

Otra semana.

Ce acath.	Un año.
Ome tepcatli.	Dos años.
Ei calli.	Tres años.
Nauí tochtli.	Cuatro años.
Macuil acath.	Cinco años.
Chicoacén tepcatli.	Seis años.
Chicome calli.	Siete años.
Chicoci tochtli.	Ocho años.
Chiconauí acath.	Nueve años.
Matlactli tepcatli.	Diez años.
Matlactioce calli.	Once años.
Matlactiome tochtli.	Doce años.
Matlactlomei acath.	Trece años.

La tercera semana de años.

Ce tepcatli.	Un año.
Ome calli.	Dos años.
Ei tochtli.	Tres años.
Nauí acath.	Cuatro años.
Macuil tepcatli.	Cinco años.
Chicoacén calli.	Seis años.
Chicome tochtli.	Siete años.
Chicoci acath.	Ocho años.
Chiconauí tepcatli.	Nueve años.
Matlactli calli.	Diez años.
Matlactiome tochtli.	Once años.
Matlactiome acath.	Doce años.
Matlactlomei tepcatli.	Trece años.

La cuarta semana.

Ce calli.	Un año.
Ome tochtli.	Dos años.
Ei acath.	Tres años.
Nauí tepcatli.	Cuatro años.
Macuil calli.	Cinco años.
Chicoacén tochtli.	Seis años.
Chicome acath.	Siete años.
Chicoci tepcatli.	Ocho años.
Chiconauí calli.	Nueve años.
Matlactli tochtli.	Diez años.
Matlactioce acath.	Once años.
Matlactiome tepcatli.	Doce años.
Matlactlomei calli.	Trece años.

Cada semana destas, que los nuestros llaman indición, tiene trece años, y todas cuatro hacen cincuenta y dos años, que es número perfecto en la cuenta; y es como decir el jubileo, porque de cincuenta y dos en cincuenta y dos años tienen muy solemnes fiestas, con grandísimas ceremonias, según después trataremos. Contados estos cincuenta y dos años, tornan á contar de nuevo por la orden arriba puesta, otros tantos, comenzando de ce tochtli, y luego otras y otros; pero

siempre comienzan del conejo. Así que con esta manera de contar tienen memoria de ochocientos y cincuenta años, y saben muy bien cada cosa en que año aconteció, qué rey murió y qué hijos tuvo, y todo lo al que atañe á la historia.

Cinco soles, que son edades.

Bien alcanzan estos de Culúa que los dioses criaron el mundo, mas no saben cómo; empero, según ellos fingen y creen por las figuras ó fábulas de dello tienen, afirman que han pasado, después acá de la creación del mundo, cuatro soles, sin este que agora los alumbrá. Dicen pues cómo el primer sol se perdió por agua, con que se ahogaron todos los hombres y perescieron todas las cosas criadas; el segundo sol peresció cayendo el cielo sobre la tierra, cuya caída mató la gente y toda cosa viva; y dicen que había entonces gigantes, y que son dellos los huesos que nuestros españoles han hallado cavando minas y sepulturas, de cuya medida y proporcion parece como eran aquellos hombres de veinte palmas en alto; estatura es grandísima, pero certísima; el sol tercero faltó y se consumió por fuego; porque ardió muchos días todo el mundo, y murió abrasada toda la gente y animales; el cuarto sol fenesció con aire; fué tanto y tan recio el viento que hizo entonces, que derrocó todos los edificios y árboles, y aun deshizo las peñas; mas no perescieron los hombres, sino convirtiéronse en monas. Del quinto sol, que al presente tienen, no dicen de qué manera se ha de perder; pero cuentan cómo, acabado el cuarto sol, se escureció todo el mundo, y estuvieron en tinieblas veinte y cinco años continuos; y que á los quince años de aquella espantosa escuridad los dioses formaron un hombre y una mujer, que luego tuvieron hijos, y dende á diez años apareció el sol recién criado, y nacido en día de conejo; y por eso traen la cuenta de sus años desde aquel día y figura. Así que, contando de entonces hasta el año de 1552, ha su sol ochocientos y cincuenta y ocho años; por manera que há muchos años que usan de escritura pintada; y no solamente la tienen desde ce tochtli, que es comienzo del primer año, mes y día del quinto sol, mas también la usaban en vida de los otros cuatro soles perdidos y pasados; pero dejábanlas olvidar, diciendo que, con el nuevo sol, nuevas debían ser todas las otras cosas. También cuentan que, tres días después que apareció este quinto sol, se murieron los dioses; porque veais cuáles eran; y que andando el tiempo nacieron los que al presente tienen y adoran; y por aquí los convencian los religiosos que los convertían á nuestra santa fe.

Chichimecas.

Hay en esta tierra, que llaman Nueva-España, muchas y muy diversas generaciones; dicen que la mas antigua es los chichimecas, y que vinieron de Aculua-can, que es mas allá de Xalisco, cerca de los años de 720 que Cristo nació, reduciendo su cuenta á la nuestra; y que muchos dellos poblaron al rededor de la laguna de Tenuchtitlan; pero que se acabaron ó se perdió su nombre, mezclándose con otros. No tenían rey cuando entraron aquí; no hacían lugar, ni aun casa; moraban en

cuevas y por los montes, andaban desnudos, no sembraban, no comían maíz ni otras semillas, ni pan de ninguna suerte, manteníanse de raíces, yerbas y frutas del campo; y como eran muy diestros de tirar un arco, mataban muchos venados, liebres, conejos, y otros animales y aves, y comían toda esta caza, no guisada, sino cruda y seca al sol; también comían culebras, lagartos y otras sabandijas así, sucias, asquerosas y bravas, y aun hoy día hay muchos dellos allá en su naturaleza que viven así. Siendo, empero, tan bárbaros y viviendo vida tan bestial, eran hombres religiosos y devotos; adoraban al sol, ofrecíanle culebras, lagartijas y semejantes animalejos; ofrecíanle asimesmo todo género de aves, desde águilas hasta mariposas; no hacían sacrificio con sangre, no tenían ídolos, ni aun del sol, á quien tenían por uno y solo dios; casaban con una sola mujer, y aquella no parienta en grado ninguno; eran feroces y belicosos, á cuya causa señorearon la tierra.

Aculuaques.

Setecientos y setenta ó mas años há que vinieron á esta tierra de la laguna unas gentes muy guerreras, pero de mucha policía y razón, que se llamaron los de Aculúa. Estos comenzaron luego en viniendo, á poblar lugares y sembrar maíz y otras legumbres, y usaban de figuras por letras. Era gente de lustre, y había entretellos algunos señores. Fundaron sobre la laguna á Tullancineo, que fué su primera Puebla; y porque venían de Tulla, poblaron luego á Tullan, y después á Tezcuco, y de allí á Conatlichán, de donde fueron á Culua-can, que otros dicen Coyoacan, y en él asentaron y residieron muchos años. Estando allí hicieron unas casillas y chozuelas en una isleta alta y cojuta de la laguna, al rededor de la cual había ciertas charcas y manantiales, que creo llamaban Méjico; las cuales casas pajizas fueron el comienzo de la gran ciudad Méjico Tenuchtitlan. Había cerca de docientos años que estaban allí estos de Aculúa, cuando comenzaron los chichimecas á desechar la rudez y bárbaras costumbres que tenían, y á comunicar con ellos por matrimonio y contrataciones; que antes ó no habían querido ó no osaban.

Mejicanos.

En este medio tiempo llegaron á esta tierra los mejicanos, nación también extranjera y en aquellos reinos nueva, aunque algunos quieren sentir que son de los mismos de Aculúa, por cuanto la lengua de los unos y de los otros es toda una; y dicen que no trajeron señores, sino capitanes. Entraron también ellos por Tullan, y caminaron hácia la laguna; poblaron á Azeapuzaleo, y luego á Tlacopan y Chapultepec, y de allí edificaron á Méjico, cabecera de su señorío, por óráculo del diablo. Crescieron tanto en hacienda y reputación, que en muy breve fueron mayores señores en la tierra que los de Aculúa ni que los chichimecas. Dieron guerra á sus vecinos, vencieron muchas batallas; tuvieron esto, que á los que se les daban, ponían ciertos tributos ó parias; y á los que les resistían, robaban y servíanse dellos y de sus hijos y mujeres por esclavos. Comenzaron por vía de religión. Añadiéronle luego las armas y fuerza, y después codicia, y así se quedaron señores de todo, y